

Tierra y Libertad

Numero suelto: 10 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares 2'00 ptas.
Suscripción: España, un trimestre. 2'00
Extranjero 3'00

Raquitismo moral

Diffícilmente se encontrará en el pasado un lapso de tiempo en que tanto como en los momentos actuales predominara, en los hombres y en las cosas, ese raquitismo moral que finca en el ambiente, que extiende su influencia repugnante y ramplona en todos los medios sociales.

Los hombres representativos, tan mediocres y tan vulgares, tienen ídolos, tienen masa que les siga, tienen un rebaño sobre el cual descargan el látigo, tienen oyentes, en fin, que aplauden entusiastas sus anodinas estridencias de lenguaje, no de ninguna manera estridencias de juicio, de razonamiento, de pensamiento. ¿Queréis mayor prueba del raquitismo moral de esa multitud y de sus directores? No saben salir del lodazal; el fango, el sucio barro de la pequeñez, de la simplicidad, de la indignidad también, es ya su apropiado elemento. Obligarles a salir de él quizá sería inútil tarea. Se encuentran bien en esa extraña cloaca infecta y mal oliente; los ambientes puros y límpidos les ciegan; las palabras sencillas y claras que dicen de la necesidad de una transformación, les oyen como si fueran pronunciadas en una lengua exótica; los hedores de la charca nauseabunda en que se debaten, que a vosotros tan repulsivos nos son, ellos no les advierten. Tejen los pequeños, ruines episodios de sus vidas infecundas y quietas en ese medio raquítico, sin inquietudes y sin ideales, aguardando siempre la voz de un jefe que les diga qué han de hacer; la voz de un jefe que es moralmente tan mediocre como ellos.

En medio de estos jefes. Dicen cosas de una pequeñez desesperante; y los rebaños se mueven entonces, escuchan atentos, aplauden, obedecen.

Lerroux, uno de estos jefes de la manada, ha hecho estos días otras tremendas declaraciones. ¡Firmará, sin que le tiemble el pulso, penas de muerte, ¡oh manes del liberalismo gubernamental! Ya la manada llamada liberal se prepara para darle el poder a ese jefe que ya les promete ejercer mañana de verdugo...

Más o menos descaradamente, todos los jefes hablan y obran como Lerroux; desde cualquier campo político, en todos los países, donde quiera que son elevados al poder, porque el ejercicio del mando trae aparejada esa finalidad.

Da la exacta medida de la pobreza intelectual de nuestro tiempo, el hecho de que todavía pueden dirigir la palabra a las multitudes, hombres tan ayunos de ideales y tan dispuestos a ser déspotas; hombres que están bastantes palmas más bajos que cualquier medianía ajena a la vida política de los países; hombres que debieran ser llevados a un colegio donde se enseñara, además de cultivar la inteligencia, a aprender siquiera las primeras letras de una ideología para el futuro.

No es lo peor que los habladores mitinescos sean pobres de cerebro; lo más doloroso es que las muchedumbres ocupan el mismo o aún más bajo plano que ellos.

Sólo así pueden explicarse los hechos que se suceden en todo el mundo, sin interrupción, de algún tiempo a esta parte. Las naciones europeas pudieron ser llevadas a la tremenda y monstruosa guerra que acaba, gracias a esta pobreza intelectual, a este raquitismo moral de la generalidad de sus habitantes; en España ocurren actualmente tantas cosas extrañas, anodinas, infimas, por igual causa. Ved lo que ocurre con ese pleito que han dado en llamar la

autonomía de Cataluña. ¿Sabe alguno de los jefes de multitud, el significado, el fondo significado de la palabra autonomía? Un amigo nuestro que reduce siempre las cuestiones a un aspecto fisiológico nos decía recientemente.—No hay posibilidad de explicarse racionalmente la palabra autonomía refiriéndose a una nación o región o provincia o aldea. Todas y cada una dependen de las demás en mutuas conveniencias que merman, forzosamente, eso que quieren llamar autonomía. No existe más autonomía real que la del individuo que quiere y sabe ser autónomo. Lo demás es falso, anticientífico, y aún en el terreno individual, el problema no puede ser estudiado en conjunto. Siempre habrá individuos incapaces de ser autónomos. En cuanto a las regiones, que le llamen deseos de mandonismo, de interés, de lo que quieran menos autonomía. En el fondo de esta cuestión solo late un desmedido egoísmo grosero, propio de comerciantes. Y aun admitiendo que eso de administrarse por sí mismos los pueblos pudiera llamarse autonomía, sabido que en lenguaje científico no existe más término autónomo que el individual, ¿dónde queda antes y después de esa administración propia de los pueblos, aquella autonomía individual? Quien la coarta o al menos la entorpece es la autoridad. Independientes los pueblos para regirse con propio gobierno, quedaría intacto el principio de autoridad. ¿No es así? Un gobierno central de la región sucedería al gobierno central del país; después, independientes también de ese gobierno, las diputaciones, los municipios, todas las ramificaciones del gubernamentalismo. Siendo, pues, este principio gubernamental el que entorpece lo que en realidad puede ser llamado autonomía, ¿dónde está aquella? ¿Para qué llaman autonomía a una deseada administración propia que nada tiene que ver con aquel principio individual? ¿Qué saben estas genticillas políticas del profundo significado de esa palabra?

Nada saben, es verdad. Pero hay quien les escucha y les sigue. Las masas que se llaman liberales, enemigas que siempre se han dicho de Cambó, porque ahora observan que se entiende con sus jefes, gritan y gesticulan y cantan, disponiéndose a conquistar la libertad de Cataluña.

Masas ignorantes que son incapaces de ser libres puesto que obedecen a quien tiene interés en que libres no sean, escandalizan en nombre de una libertad que no entienden ni saben en qué consiste. A imbéciles manifestaciones celebradas en las otras regiones de España se contesta en Barcelona con otras imbéciles manifestaciones. Se hace ruido, se grita, se dan vivas ridículos, se prepara el ambiente para que suban los directores, gentes tan inculdas como los dirigidos. Los que ayer parecían odiarse, hoy se abrazan. Y el pueblo, que ni sabe ni puede todavía ser libre, allí y aquí y en todas partes habla de libertad. Si se preguntara a todos, jefes y rebaño, el significado de esa palabra no sabrían explicarlo; no sabrían tampoco explicar el significado del principio de autonomía.

Y es que sólo predomina, realmente, por encima de todo, además de la ignorancia colectiva, tan abrumadora, tan agotadora, un desesperante raquitismo moral; arriba y abajo, se impone triunfante, como único soberano, gracias a la pobreza intelectual e ideológica de estos momentos que pasan.

En juego determinados intereses cuya pérdida o multiplicación dependía de la guerra que se preparaba. Se jugaban ya, estos intereses, sobre la base de la futura guerra; entraba su probabilidad, más que segura, en los cálculos; se emprendían negocios, al parecer ruinosos, fundamentados en el conflicto que se avecinaba. Se dijera que existía un mutuo acuerdo entre la Bolsa, la Política y la Prensa para preparar, para robustecer la necesidad ineludible de la tragedia, tanto más caótica cuanto más absurda; tanto más ilógica cuanto más inhumana.

Las opiniones de los pacifistas, no se tenían en cuenta; eran como voces en el desierto.

sierto, en ese desesperante desierto moral que son las colectividades. Se trabajaba por y para la guerra, a plenas luces, en todo el mundo; se sabía, porque así lo decían bien claramente los pertrechos guerreros que por doquiera se preparaban, que era inminente un futuro, monstruoso conflicto. Nada pesaba en los acuerdos de los que rigen las naciones, lo que pensar pudieran de sus deliberaciones los rebaños socialistas, amaestrados para acudir a ejercitar el voto, la simple acción política o algún mediocre intento huelguístico. Se dijera que los gobernantes estaban en el secreto del poco contenido ideológico de estos rebaños y de sus jefes; se dijera que sabían de antemano que aquellas multitudes amaestradas, que eran sin duda una fuerza, sumisas y obedientes, pondrían a sus órdenes y al servicio de una causa en la que nada, en absoluto, habían de ventilar.

Por esta razón, no ocultaron nunca sus intenciones guerreristas; ni los preparativos para cuando el conflicto que tramaban, llegara; ni las manifestaciones de animadversión para los futuros adversarios de armas, que ya entonces lo eran en industria, en comercio, en negocios en fin. No se cuidaban de disfrazar sus proyectos; discutíanse, a veces, en las asambleas parlamentarias y en la prensa con una franqueza y una crudeza repugnantes. No era extraño que la palabra ganancia, tan sórdida y tan antipática, impusiera silencio a los descontentos que se atrevían a gritar. Los pueblos, entretanto, oían, callados, a sus jefes. Se cernía sobre sus cabezas la amenaza de la guerra que acaba y, insensible, sin noción de su responsabilidad, entonces moral, más tarde, transformada en material, se neaban llevar por la corriente de insanas pasiones, en todas partes predominante.

No supieron ver en los preliminares de la guerra los móviles repugnantes que la desataban, y una vez desencadenada, como la fealdad de los objetivos que se perseguían pudieran ser motivos de desaliento, los conductores de pueblos destruyeron el lenguaje que decía de negocios y ganancias y de negocios y de supremacías comerciales, fue suplantado este lenguaje propio del caso, justo para el problema que se debatía, por una huera e hipócrita palabrería; por una brillante e insincera fraseología que, queriendo tener tonos de cordialidad, era repulsiva. Los tigres se cubrieron con una piel de cordero.

Las palabras derecho, libertad y justicia se invocaron. Hasta los hombres de la Banca hicieron coro con los de la Prensa y la Política para extender la magia de aquellas palabras. La multitud escuchó esta invocación. Aquella multitud que sufría todos los rigores provenientes de los cálculos de sus explotadores se rindió a ellos y les ofreció su concurso, su fuerza, su adhesión y hasta su entusiasmo. Ella que había asistido indolente y abúlica a la preparación del mal, se dispuso a perpetrarlo. No habiendo entendido el crudo lenguaje preliminar, mal podía percatarse del juego macabro a que se la llevaba, como lógica consecuencia de aquel lenguaje.

Los pocos pacifistas que quedaron, los más pocos aún internacionalistas que se mantuvieron en su puesto de siempre, dijeron palabras cordiales y solidarias; dijeron, citando hechos, citando textos, citando enseñanzas no desmentidas y ejemplos que la realidad mostraba, que estas palabras de justicia, de libertad y de derecho, dichas ahora, ya en pleno período guerrero, habían sido escritas allí donde antes de la guerra se había dicho o escrito, ganancias, negocios, egoísmos; que no tenían estas palabras ningún otro significado que no fuese aquel; que no era lógico esperar que fuesen, por un avatar inverosímil, partidarios de aquellos principios invocados, los hombres que días antes habían invocado la necesidad de la guerra para robustecer sus supremacías comerciales, única pasión que les movía ahora, porque así lo recomendaba la conveniencia perseguida, a disfrazar su posterior finalidad.

Hablaron, aquellos hombres, en el desierto. Ahora que ya ha terminado la guerra, séanos permitido preguntar, ¿dónde está el nuevo derecho? ¿Dónde la justicia? ¿Dónde la libertad?... ¿Dónde toda aquella huera retórica democrática, si lo único que aparece es el objetivo egoísta y sórdido? Los tigres, acabada ya la tragedia, se han quitado el traje con que la representaron; se han quitado la piel de cordero.

Algunos periódicos de los que más invocaron aquellas palabras, cuyo hondo significado desconocen, han publicado, como si fuera una prueba evidente del triunfo de aquello que reputaron como justicia, la noticia de que la fábrica Krup no se dedicará en adelante a la construcción de cañones, y sí, por el contrario, a la de maquinarias agrícolas. Después del mal y no antes, se ha llegado a este resultado que no obedece en modo alguno a lo perseguido por los inductores de la gue-

rra. Que esta transformación no agrada a los que gobiernan a los pueblos, es cosa que no necesitaría argumentarse. Bastaría citar algunos hechos que están en la memoria de todos. Y estos periódicos, que al hablar de este fenómeno reciente lo hacen con regocijo, como queriendo exaltar el resultado del monstruoso desbarajuste europeo, conviene que recuerden, que no es sólo la casa Krup la que se dedicaba a la fabricación de elementos de destrucción; que hay otras muchas fábricas en el mundo ocupadas en esa tarea. Si una sola deja de hacerlo, el mal ¿se ha evitado? ¿Todas las armas que han matado en la guerra que acaba ¿se habían construido en la fábrica Krup? Sería preciso, para que no fuera tan lógico ese regocijo simulado, que se hubieran transformado a un mismo tiempo todas las fábricas de armas en fábricas de maquinarias útiles. Si así no es ¿a qué viene esa absurda exaltación de tan pequeño como también efímero fenómeno del final de la guerra? Conviene también recordar a esos periódicos, que muchos accionistas de la fábrica Krup eran naturales de las naciones aliadas, así como en las fábricas de esta índole que existen en estos países, había accionistas de aquellos otros países hoy adversarios. ¿No recuerdan los escándalos de poco antes de la guerra? ¿No saben que aquellos y estos accionistas tenían a su servicio a políticos influyentes que en los Parlamentos avivaban el odio al extranjero con el fin de que el país hiciera grandes gastos en armamentos, base del negocio de aquellos capitalistas en nombre de los que hablaban? ¿No saben que aquello de la paz armada era un negocio, que la guerra ha sido otro negocio, que todo lo que se ha ventilado en Europa, en la guerra y en la paz, ha sido un colosal negocio? ¿No han sido estos periódicos mismos grandes voceros que han gritado teniendo en cuenta los intereses que en el negocio de la guerra se debatían? ¿A qué, pues, esta hipócrita cantinela de regocijo por un hecho que nada resuelve? La casa Krup se ha transformado por la derrota de Alemania, no porque la guerra persiguiera el objetivo de su transformación. Si así fuere ¿por qué no se transforman también las fábricas de armamentos que hay en los países victoriosos?

Esta simple noticia regocijante para periodistas anodinos, que han de repetir lo que el dueño les dicta, me ha movido a leer aquel profundo libro que habla de la política europea de hace unos años. He visto desfilar, ante mi vista, los ruines objetivos de la guerra que se preparaba; he observado el ambiente de sordidez en que la política guerristera se debatía; los manejes de los banqueros y de los negociantes que hacían cálculos y cálculos sin contar para nada con la opinión de las muchedumbres, siempre propicias para ser llevadas a estériles sacrificios; como extendían los tentáculos y las acciones a todas las empresas que daban armas a los Estados, ajenos ellos, los capitalistas, a las fronteras y al patriotismo, de cuyas palabras se han servido después para que en holocausto a su ganancia los hombres se maten...

Y he pensado en los pocos internacionalistas que quedaron y cuyas voces se perdieron en este desierto angustioso. ¡Enorme desierto moral en el que solo florece la ignorancia de la multitud sacrificada y el egoísmo de la minoría grosera ya triunfante!

Sin embargo, es preciso que continúen estas voces en esos desiertos.

Pensamientos de Tolstói

La gran sabiduría no consiste en saber como comenzar y conducir infaliblemente la vida, sino como hemos de corregir los errores y libertarnos de los extravíos y de las tentaciones.

La fuerza está en el pueblo trabajador, si soporta la opresión es porque está hipnotizado. Todo consiste en disipar esta hipnosis.

No se trata de saber de donde viene el mal, sino de saber como ha de combatirse, como ha de aplicarse el amor.

El Gobierno no se ocupa lo más mínimo de organizar la vida de los gobernados. Toda su preocupación y todo su trabajo se resume en los esfuerzos que hace para probar a los que le censuran que no tienen razón. De ahí esta extraña cosa de que un gobierno no cuida del pueblo, sino de su propia justificación ante los que le acusan.

Los hombres se atan juntos ellos mismos con cuerdas a fin de que un sólo hombre pueda llevarles donde quiera; y entregan

el cabo de la cuerda al primero que llega y entonces se extrañan de que sufran.

Las falsas doctrinas producen el poder; el poder estimula las falsas doctrinas eliminando todo lo que le es contrario, todo lo que le desenmascara.

Nos juntamos, nos pegamos unos a otros en masas compactas para defendernos cuando venga un peligro. Y aun cuando éste no sobrevenga, continuamos de todos modos a juntarnos, entregándonos de este modo a los que buscan dominarnos.

La expresión más simple del sentido de la vida la he soñado hoy: el Universo se mueve y se perfecciona; el deber del hombre consiste en tomar parte, en cooperar y someterse a este movimiento.

Reconocer la propia falta suaviza el corazón; procurar justificarla lo endurece.

Hacerse consciente de sí mismo, es el acto más importante de nuestra vida.

La fraternidad es un sentimiento natural en el hombre, pero se cultiva concienzudamente el sentimiento opuesto a la fraternidad, el sentimiento de la división.

Todo lo que es bueno se realiza en la calma; los malvados están siempre agitados.

La mentira es tan hábil, tan vivaz, que a menudo se ve a los oprimidos y a los explotados levantar el puño contra los que vienen en su auxilio y entregarse con pasión a la defensa de su tirano.

(Extractos del Diario Intimo de Tolstói (Zehner-Ginebra, 1917).

NOTAS AL MARGEN

Los dioses tienen sed

Perdón, ¡oh ilustre maestro! si un insignificante emporcador de cuartillas os roba el título de una de vuestras obras; grande es la diferencia que hay entre un France como vos y un gregario en literatura como yo, como lo es la que media de los personajes de vuestra novela, al personaje de quien yo voy a tratar y, que por ser quien es, no merece ser comparado con los dioses sedientos que vos creasteis.

Pero, para tal asno tal albarda, como dice el adagio castellano; si vos, gran arquitecto literario, empleasteis en la construcción de vuestra obra los más sólidos y bellos materiales, yo, anónimo peón de albañil, recogeré los pedruscos del camino para levantar esta humilde choza, que no tendrá más mérito que el de ostentar en el agujero que le sirve de portal, el título robado a una de vuestras obras.

Los dioses que, según Anatolio France, tenían sed, eran los revolucionarios del 93. Tanto los directores de la revolución como el pueblo que secundaba sus planes, eran para el gran ironista francés dioses sedientos de sangre; y desde la guillotina al puñal, pasando por los fusilamientos individuales o colectivos, servían de herramienta para hacer manar por todas partes el rojo líquido, néctar predilecto de los dioses revolucionarios.

Recordando aquellos días sangrientos se nos ha ocurrido pensar alguna vez si en España, que tantos revolucionarios verbales hay, no los habrá también con aspiraciones de bebedores de sangre; y descontando a la multitud que en todos los pueblos y en todas las latitudes, cuando se echa a la calle es para cobrarse en sangre lo que la robaron en pan y en libertad, hemos visto que entre los políticos que figuran al frente de esas multitudes, no hay más que uno que se sienta dios a la manera de los descritos por Anatolio France; y esta divinidad española, este dios sediento de sangre, es el inmensurable Lerroux.

Los Narvaez, los Sagasta, los Cánovas y los Maura se hartaron de sangre, pero a la chita callando; nunca se les ocurrió, y mucho menos estando en la oposición, amenazar para cuando fueran Poder con una degollina de adversarios. El jefe radical, menos hipócrita que aquellos funestos gobernantes, se pasó unos años amenazando con incendiar ciudades, despanzurrar privilegiados, sofaldar monjas y decapitar frailes; y hoy, que el hombre va bien, no en el machito, sino en el vehículo de la burguesía, como llamó antaño al automóvil, sigue sosteniendo la amenaza terrorífica, aunque contra elementos diferen-

Voces en el desierto

Leyendo estos días un profundo libro que habla de la política europea durante los últimos años que precedieron al gran desastre que ahora termina, he observado cuán hábilmente se iban tejiendo los hilos de la trama; cuán interesadamente, la gran prensa, la alta política, laboraban para que el desarrollo y preparación del gran crimen no se interrumpiera, sino que por el contrario, se acelerara hasta cuajar en realidades. Desde el más ínfimo comerciante o politicastro provinciano, hasta los grandes mandarines y negociantes, te-